

**Título: KIRCHNERISMO, UNA IDENTIDAD RETROACTIVA**

**Autor:** Lüders, Tomás - Facultad de Ciencia Política y RRII – Universidad Nacional de Rosario – UCES

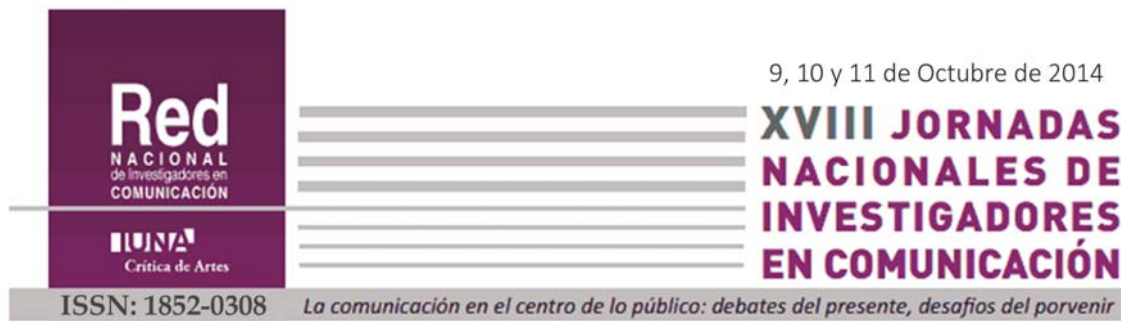
[tomluders@yahoo.com.ar](mailto:tomluders@yahoo.com.ar)

**Área temática:** Sujetos, identidades y cultura

**Palabras claves:** Kirchnerismo – Identidad -

**Resumen:**

En este breve ensayo sostengo que la identidad kirchnerita es un fenómeno que sólo terminó de cobrar consistencia tras la crisis que comenzó con el conflicto generado por la Resolución 125. Habiendo sido sobredeterminado por la diégesis del relato gubernamental, el acontecimiento le permitió al propio discurso presidencial terminar de constituir un colectivo de identificación efectivo articulado desde lo que aquí definimos como locus generacional. Aunque trazo desde el comienzo por el primer gobierno kirchnerista, este dispositivo de enunciación se había hibridado con significantes ideológicamente más ambiguos. Fue a partir del todavía reconocido “conflicto con el campo” que las ambigüedades se diluyeron, tanto en la enunciación presidencial, como entre los sujetos interpelados positiva o negativamente.



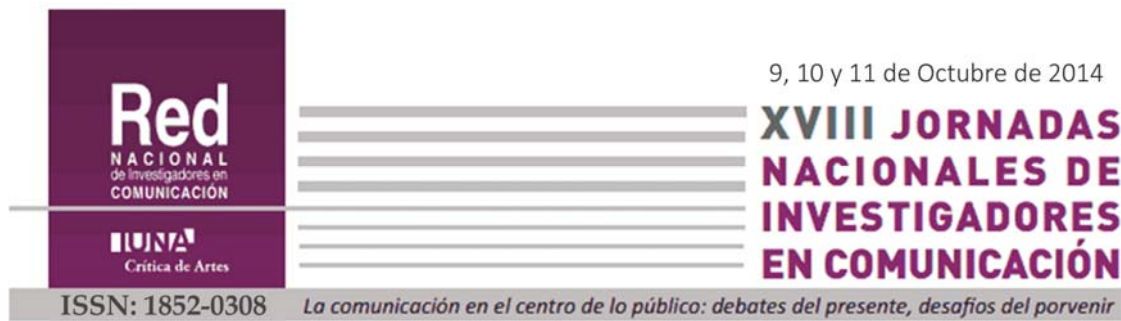
A tres años del fallecimiento de Néstor Kirchner, un balance interpretativo de los fenómenos político-identitarios que cobraron forma durante la última década nos ofrecería un cuadro de situación actual definitivamente binario. Sin embargo, de extender las interpretaciones más hacia atrás, hacia el comienzo de este ciclo político y desde allí en adelante hasta el punto actual, nos encontraríamos con una sucesión de acontecimientos que no definía en su génesis una partición en mitades tan nítida. Encontraríamos además que lo fortuito incidió casi tanto en la balanza como lo deliberado.

Tras un somero recorrido sobre los trabajos de mayor circulación, notaríamos inmediatamente que la mayoría de los análisis académicos o mediáticos, tanto los pretendidamente neutrales como los más numerosos que han tomado franco partido<sup>1</sup>, se orientan en su mayoría a interpretar el devenir de los procesos político-identitarios de la época casi como el exclusivo resultado de estrategias deliberadas de las principales figuras gubernamentales o incluso, de manera ramplona, a partir de la seducción o rechazo “intuitivo” y “espontáneo” que generan las personalidades de estos líderes sobre los argentinos. A la hora de las conclusiones, todo lo que viene sucediendo en el país a partir de “los Kirchner” en materia de pertenencias y rechazos políticos es leído por muchos analistas casi como exclusivo resultado contemporáneo de las “buenas” o “malas” decisiones de una cúpula. *El kirchnerismo es entonces el matrimonio Kirchner* en primerísimo lugar, sus cuadros medios, y quienes los siguen *haciendo masa* en un segundo plano. Quienes lo rechazan, el *anti-kirchnerismo*, un cúmulo que hace número desde la vereda de enfrente.

No intentamos negar aquí, desde un pretendido objetivismo semiológico, la evidente astucia y audacia que han tenido tanto Néstor como Cristina Kirchner *para transformar una debilidad de origen, el desconocimiento, en una fortaleza*. Ambos han sido hábiles lectores de las condiciones que imponía el contexto de su asunción, pero nadie es capaz de construir

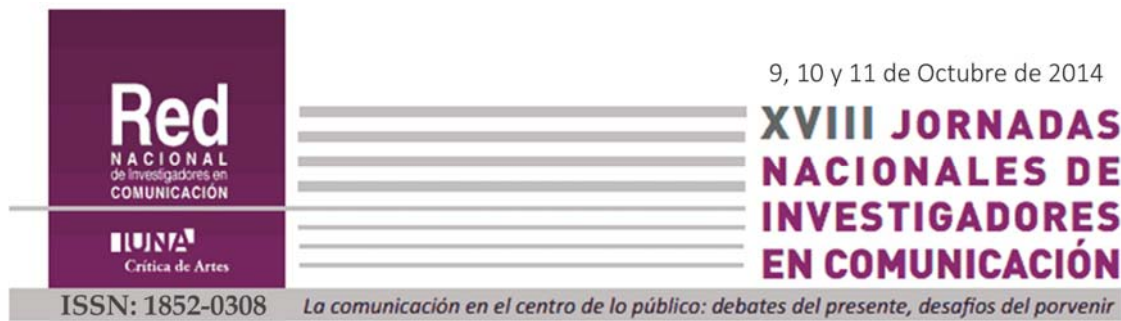
---

<sup>1</sup> En este marco, es necesario destacar que el justo cuestionamiento al concepto positivista de “objetividad” es hoy habitualmente manipulado para justificar como necesaria o inevitable la toma de partido militante en el discurso académico y el periodístico.



desde cero un nuevo clima de época, en lo absoluto: el contexto de asunción de la primera presidencia kirchnerista no solo era propicio para intentar generar legitimidad a partir de una posición enunciativa centrada en el rechazo al “consenso neoliberal” del pasado, sino que prácticamente imponía la necesidad de recorrer dicho andarivel retórico. Por otra parte, no todas las características del vínculo enunciativo propuesto por los Kirchner puede leerse como el resultado de una lectura lineal de cierta coyuntura. *Posicionarse como herederos de una lucha generacional frustrada en los setentas fue una apuesta propia.* En tal contexto, era de esperarse que no escandalizara o enajenara apoyos mayoritarios, pero de ninguna manera que fuera el lugar desde el que se podría convocar, progresivamente durante los primeros años, abruptamente a partir de 2008, a una nueva base de convencidos. La efectividad que tuvo la construcción de este *locus generacional* no puede sin embargo leerse como algo puramente acontecimental. Era necesario que del otro lado quienes, por trayectorias propias o por identificación con estas trayectorias, estuvieran quienes alojaran aún deseos y representaciones capaces de darle cobijo a la recuperación de un imaginario marcado epocalmente.

Si intenta de rastrear algún indicador relevante de pertenencia progresista de Néstor o Cristina Kirchner antes de 2003, no es mucho lo que puede encontrarse. Se sabe que durante el agotamiento del ciclo menemista, durante 1998, el entonces gobernador santacruceño había constituido en los márgenes del justicialismo un grupo político propio de perfil difusamente socialdemócrata y “productivista”, –el llamado Grupo Calafate–. Eran tiempos en los que sin embargo la crisis de legitimidad era de las prácticas políticas menemistas, pero no de sus supuestos económicos de base. Por ese entonces y hasta poco antes de su elección, al menos una pluma tan importante para el lectorado progresista como la de Horacio Vertbitsky en un medio tan importante para ese público como Página 12, no dejaría de insistir en caracterizar a Néstor Kirchner como un “gobernador lobista” que había jugado un rol fundamental durante “la enajenación” de la emblemática empresa nacional de hidrocarburos.



No hay evidencia alguna que demuestre que Kirchner o su esposa participaron o apoyaron, siquiera lateralmente, a las agrupaciones de derechos humanos portadoras de una identidad reivindicativa de la lucha militante previa al Proceso Militar<sup>2</sup>.

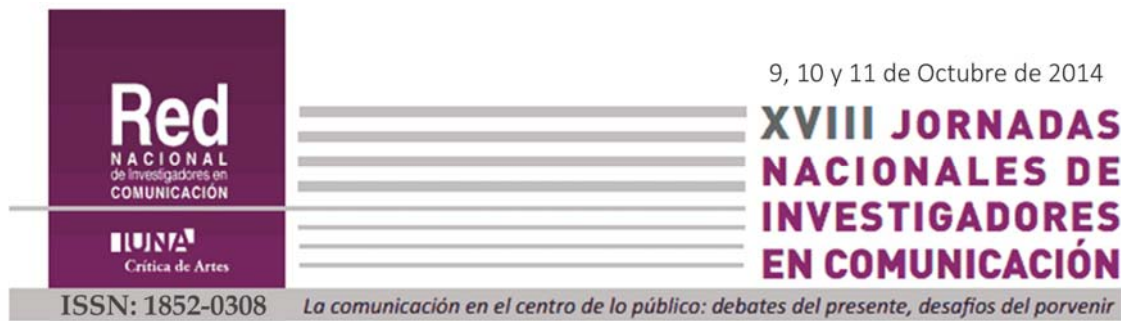
Ya durante la campaña electoral de 2002-2003, la reedición de aquel tibio perfil productivista apenas se mezcló con la recordación casual del pasado en la Juventud Peronista del candidato, pero, a juzgar por sus discursos y crónicas, el gesto no reportaba un carácter reivindicativo, sino, en un contexto tan particular como el posterior a diciembre de 2001, intentaba mostrar marcas de pertenencia progresista para alguien con un trayectoria política que se mantuvo alejado de cualquier significante de ese tipo<sup>3</sup>, con la tibia excepción del mencionado Grupo Calafate.

Es cierto sin embargo que el entonces gobernador santacruceño y candidato presidencial continuaba siendo largamente desconocido por la mayoría. Lo poco que se sabía de él no alcanza para que la opinión pública pudiera definirlo ni positiva, ni negativamente en cualquier sentido político. Kirchner terminó electo además en condiciones en las que lo esperable de un dirigente que debía conducir un país escapaba del marco estructural que en coyunturas menos caóticas suele ordenar y poner un límite preciso a las expectativas ciudadanas. Con pocos votos, partía de casi cero para construir su imagen presidencial, a la vez que su victoria le permitía obtener la apoyatura del deslegitimado, pero poderoso, aparato partidario justicialista –a la sazón el único aparato partidario en pie–.

---

<sup>2</sup> Agrupaciones que tras los indultos del menemismo terminaron cobrando mayor presencia pública en desmedro de aquellas entidades que habían focalizado su reclamo en el marco de la demanda de justicia por las acciones de la represión dictatorial.

<sup>3</sup> Recuerdo que fue leído con absoluto escepticismo por la mencionada pluma del progresismo: “Algunos partidarios de Kirchner evocan que fue perejil de la Juventud Peronista, como si los alineamientos de treinta años atrás pudieran decir algo significativo sobre el presente. Prefieren no recordar el rol decisivo que tuvo en la década pasada para asegurar la privatización de YPF, cuando fletó el avión de la gobernación santacruceña para asegurar que uno de sus diputados, que por un accidente tenía una pierna enyesada, llegara a tiempo a la sesión decisiva. Con las regalías atrasadas percibidas efectuó colocaciones financieras en el exterior, lo cual prueba que no se quedó en el 70” Vertbisky, Horacio, “María Antonieta”, en diario Página 12, 12 -01- 2003. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-15214-2003-01-12.html>



Es mi hipótesis que lo que tan extensamente fue definido por dirigentes y medios de comunicación como una enorme debilidad de origen, los escasos votos obtenidos por Kirchner en la primera vuelta y la imposibilidad, por la deserción de Carlos Menem, de positivizar bajo su nombre el mayoritario rechazo al ex presidente, no constituía para éste un lastre que podía condenarlo rápidamente a la ilegitimidad. La apuesta ciudadana de 2003 se había repartido en múltiples opciones, pero todas salvo una, de maneras relativa o marcadamente diferentes, representaban un rechazo al pasado inmediato y, como ya se dijo, no existía, no con la claridad de otras épocas al menos, un contorno definido para el sayo de “candidato garante del orden”<sup>4</sup>. Quizá entonces, a diferencia de lo que sucedía con el resto de sus ex competidores, Kirchner podía sintetizar mejor que nadie en el imaginario social mayoritario la gradación justa de ser *algo nuevo* (y sobre todo la fundamental cualidad no-ser el ex presidente Carlos Menem), pero apuntalado por una estructura partidaria que, por deslegitimada, todavía lograba percibirse como necesaria<sup>5</sup> (cfr. Natanson, 2004; Quiroga, 2010).

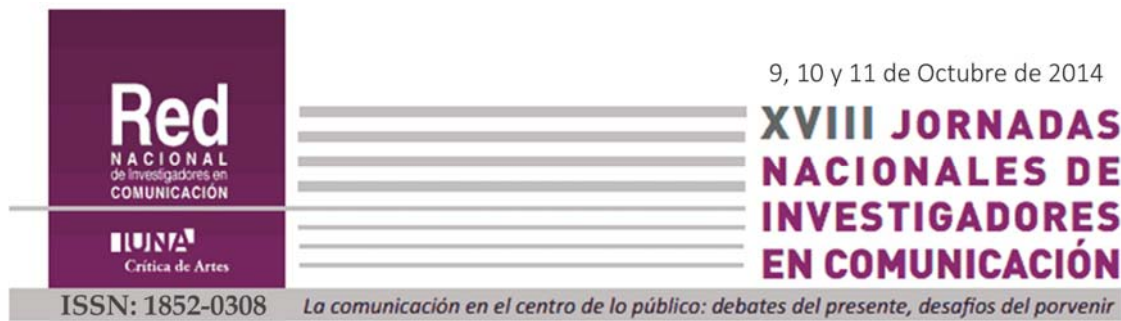
De cualquier forma, el tema de “la debilidad de origen” fue abordado de manera recurrente tanto por los más importantes columnistas de los principales medios como por los principales líderes opositores. A pesar del inédito contexto sociopolítico, se sostenía, casi sin variantes, que escasez de votos equivalía a un liderazgo de base débil por lo numéricamente reducida representatividad. Haya sido cual haya sido la lectura hecha por los propios Kirchner, la rápida construcción de un amplio apoyo público fue tarea prioritaria para el nuevo gobierno<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> Es cierto que, si se puede hablar en esos términos, existía el sayo del “designado” o elegido por el Duhalde en representación del núcleo justicialista más homogéneo, y que era público que Kirchner había emergido como una última opción, y por ello, quizá la más débil o manipulable. Pero entiendo que esta debilidad de origen no es equiparable a una hipotética ilegitimidad o “legitimidad a prueba” que se decía representaba el bajo caudal de votos.

<sup>5</sup> En este punto, y más allá de la voluntad del sujeto electo, habría que considerar que la elección hecha por los argentinos en 2003 siguió obedeciendo, a pesar del carácter de “*orgánica*” con el que fue descripta la crisis que eclosionó en 2001, a las reglas de lo instituido que más que a un Real inclasificable está determinado por las reglas de lo fantasmático, o por aquello que Alain Badiou (1990)—retomando a Lacan con su propio léxico— ha denominado la “*situación*” que establece las reglas de “lo posible”.

<sup>6</sup> Por aquél entonces, un lúcido trabajo de Isidoro Cheresky definió al nuevo presidente como un líder “en campaña permanente” (Cheresky, 2004)



Así fue que sus primeros y vertiginosos meses de gestión estuvieron regados de golpes de audacia destinados tanto a resolver problemas políticos o económicos como a seducir a la opinión pública: entre otras medidas, se destacaron la reforma de la Corte Suprema heredada del menemismo y una hábil renegociación de la deuda externa –y su difusión del hecho con el carácter de “*gesta nacional*”–. Tomadas en un contexto de rápida recuperación económica, las sorprendidas acciones del nuevo presidente fueron adquiriendo rápida legitimidad entre una ciudadanía que se identificaba mayoritariamente con un clima de época ya transformado en un consenso nacionalista moderadamente progresista.

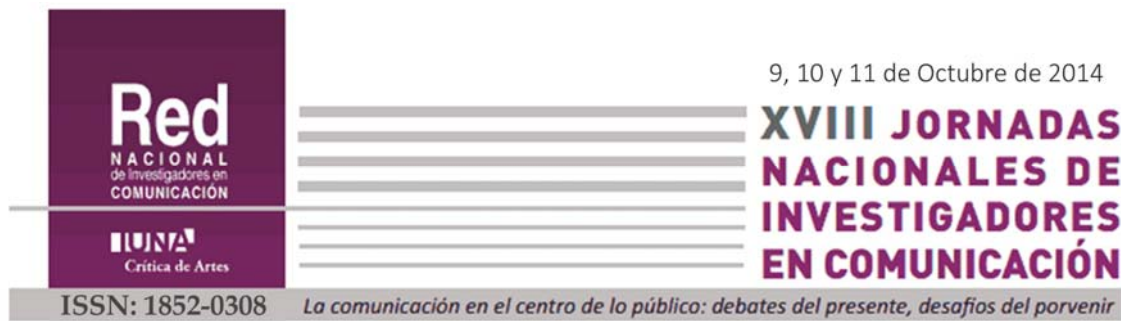
La construcción efectiva de una identidad política kirchnerista sostenida en la *creencia*<sup>7</sup> fuerte de sus adherentes tardaría en adquirir consistencia más definida. Sostenida en una lógica antagonizante, de hecho, dejaría del otro lado a un importante porcentaje ciudadano que en un comienzo había incluso manifestado su aprobación hacia el gobierno.

El proceso se produjo a partir de la intransigente forma en la que desde el segundo gobierno kirchnerista se abordó un conflicto, el todavía llamado “*conflicto con el campo*”<sup>8</sup>, y el rol –no necesariamente explícito– que tuvo durante dicho conflicto *la centralidad que readquirió la enunciación de la recuperación de la gesta marcada epocalmente por los pasados setentas expresada durante los comienzos del gobierno de Néstor Kirchner*. Como analizaré más adelante, no estoy sosteniendo aquí, no centralmente al menos, que lo que haya importado para las figuras gubernamentales y para quienes se sintieron convocados o reconvocados por dicho “llamado” hayan sido consignas o reclamos puntuales, *sino la posibilidad de que el hecho fuera sobredeterminado por la diégesis del relato gubernamental que identificaba las nuevas luchas –y sus contendientes– con aquellas que habían eclosionado en la primera parte de los setenta*.

---

<sup>7</sup> Actividad cognitiva que, aclaramos ahora, se cruza con los condicionamientos inconscientes y las pasiones emergentes, es decir que se funda a partir de una relación libidinal con el objeto de la creencia.

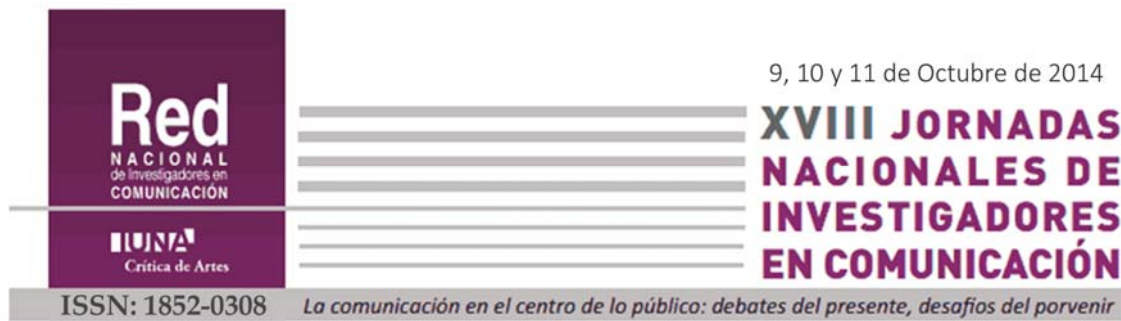
<sup>8</sup> Conflicto que, es claro, terminó siendo sobredeterminado por significantes que desbordaron por lejos el desacuerdo gubernamental/corporativo tanto para uno como para otro de los dos bandos constituidos.



Como ya se insinuó antes, aquél relato construido en clave de *retoma* había sido enunciado junto significantes expresados para interpelar a destinatarios más amplios. Pero la forma en la que el gobierno enfrentó la resistencia de los productores al aumento de las retenciones a las agro-exportaciones y cómo fueron acompañados o impugnados por la ciudadanía movilizada *unificó semánticamente la narrativa gubernamental, despojándola de ambigüedades*, generándose por primera vez una respuesta ciudadana radicalmente dividida. En aquel marco, más allá de la suma de consistentes y durables apoyos que obtuvo durante el enfrentamiento, los índices de aprobación del gobierno en las encuestas –método que sólo puede cuantificar las afinidades sin distinguir el carácter específico de éstas– caerían del 70 al 25 por ciento, produciéndose en las siguientes elecciones una primera derrota oficialista. Esta sucesión de resultados deseados y no deseados demuestra que no todo lo que es construcción de identidad política, aun cuando ésta dependa de liderazgos personales fuertes, equivale al resultado estimado por las estrategias y tácticas. *Pero sobre todo evidencia la capacidad constitutiva de los antagonismos.*

...

Pasados ya más de 5 años de aquellos acontecimientos, la profusión de interpretaciones sobre el kirchnerismo siguen a la orden del día, y quizá es inédita la rica interdiscursividad que hay entre los discursos que estudian (más allá de su calidad) y los discursos estudiados. En este punto, vale destacar que resulta particular la forma en que ciertas categorías de análisis se vuelven, a posteriori, parte constitutiva de lo objetivado como materia de interpretación. Hoy de hecho, y como dejaré constancia a lo largo de este trabajo, a veces los investigadores nos encontramos construyendo como objeto de estudio a discursos que incluso incorporan a su arsenal lexicográfico, con más o menos coherencia conceptual, términos con los que



sinetizamos los conceptos que empleamos para estudiarlos. En algún punto, *nos encontramos bajo la apariencia de estar construyendo meta-discursos de meta-discursos*.

Interpreto que esto obedece, al menos en parte, al carácter inicialmente difuso de aquello ofrecido como ideario y programa por quienes lideraron los procesos estudiados, y a la subsecuente necesidad (y capacidad) para ir conformando una identidad a partir de las demandas sociales del momento. En el caso del kirchnerismo, esto ha producido una particular *construcción retroactiva* de su identidad, construcción que sin embargo no manifiesta nada del orden la sumisión a lo retomado, más bien todo lo contrario. La lógica con la que se fue respondiendo a las diferentes demandas no fue nunca la lógica *impuesta por las demandas*.

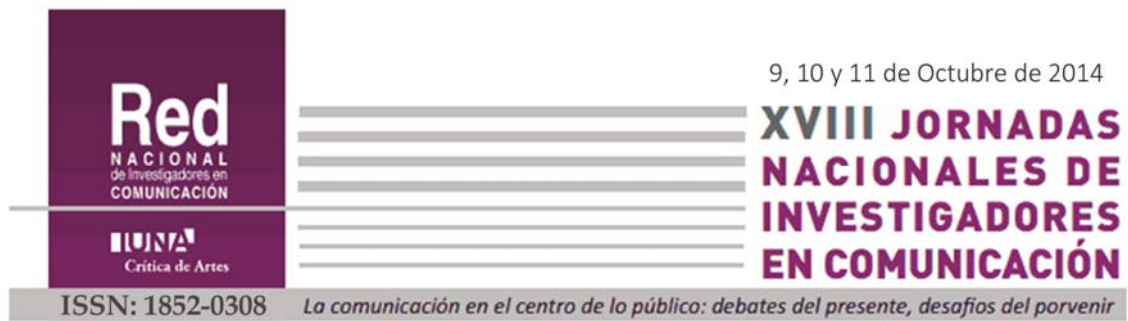
En este punto, es necesario dejar constancia que la referencia a esta capacidad de improvisación no debe ser entendida como una suerte de impugnación política al actual gobierno y a sus inmediatos antecesores. No intento sostener que se trata de liderazgos que operaron y operan desde el vacío de ideas. Entiendo que se trata, en todo caso, de una estrategia política que nace poco después de que hubieran implotado las condiciones hegemonizadas por discursos que habían logrado un gran consenso en torno a la creencia de que “los tiempos políticos” estaban definitivamente atrás. Mucho antes, ya se había erosionado definitivamente la credibilidad de los discursos emancipatorios o reformistas tradicionales. Citando a Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, quizá podamos definir a nuestra época como una en la que *“la relación estrategia y táctica se ha invertido: las estrategias son, necesariamente, más de corto plazo, y la autonomía de las intervenciones tácticas se incrementa”* (Laclau y Mouffe, 2004: 24)<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Aunque no sistemática ni constatable en proyectos definidos, había y hay una renovación de contenidos, categorías y objetivos para no dar la espalda a los cambios sociales y, en parte, a las nuevas discusiones teóricas. Sin embargo esta actualización se hace bajo la impronta de aspectos identitarios ya subyacentes y que ahora veían la posibilidad de reactivar su potencial político.

En este marco, cuando decimos “subyacentes” no estamos hablando del resurgimiento de un *numen* dormido. Nos posicionamos lejos de cualquier esencialismo. Pero sí vemos que en las expectativas depositadas en este proceso hay continuidades que se alojan tanto en sujetos con experiencias y expectativas compartidas, como en la reactivación de

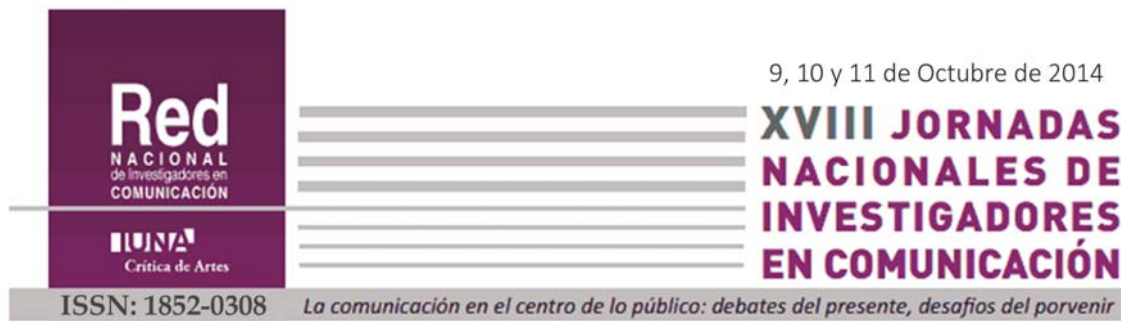




El kirchnerismo demostraría sin embargo que podría lograr enorme efectividad para articular la construcción de colectivos con un discurso legitimatorio de carácter totalizante y confrontativo. Aunque alejado de las densidades –y cerrazones– doctrinarias de otros tiempos, recuperaría mucho de la radicalidad pasional de aquellas visiones.

---

sentidos “latentes” de la compleja y heterogénea tradición peronista.



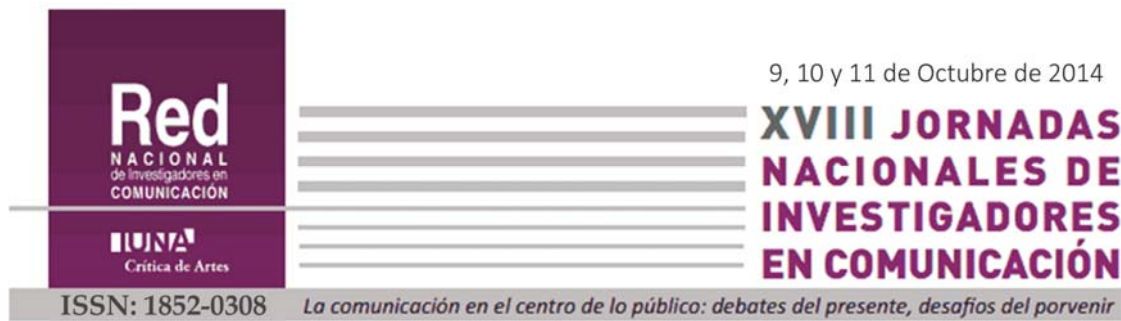
## LA FORMA DE UNA REEDICIÓN

Hubo una cuestión que en un principio apareció en el segundo plano de la atención de la mayoría de los análisis sobre el kirchnerismo: el hecho de que los *anhelos* de una generación de intelectuales militantes que supo adscribir a lo que Carlos Altamirano (2001) llamó el “*peronismo verdadero*” de la izquierda nacional, terminó por encontrar en un *pliegue inesperado* del “*peronismo empírico*”<sup>10</sup> las esperanzas de retomar *un proyecto frustrado*. Lo hizo después de la mayor crisis de legitimidad de los partidos tradicionales de la historia argentina, la que, no es redundante volver aclararlo aquí, pareció llegar a un punto de no retorno después de la crisis que inició lo que fue definido como la peor “*apropiación posible del peronismo*”.

Es cierto que antes de la integración más orgánica de gran parte de estos intelectuales durante el llamado conflicto “del campo” al gobierno, ya venía cobrando relevancia la recuperación por parte de la *intelligentzia* argentina de cierto protagonismo en las discusiones públicas, así como la movilización de expectativas y rechazos (pero sobre todo expectativas) en sectores más amplios del campo cultural. Estimamos que esto tiene la marca una rehabilitación pública del ejercicio del pensamiento crítico. Sin dudas la hegemonía de la gramáticas mediáticas y el fin de las “garantías objetivas” de antaño impusieron nuevos límites a la posibilidad de sumar solidez teórica a los distintos posicionamientos (aunque esto no necesariamente le haya restado efectividad persuasiva). Pero estas producciones

---

<sup>10</sup> Como dijo provocativamente Altamirano (2001), tras el golpe del 55 y las sucedáneas traiciones y la frustración del 73/75, “el presente nunca es el tiempo peronismo verdadero”, cuya realidad está en la expectativa, en el horizonte, pues “el otro del peronismo verdadero es el peronismo positivo” o “empírico”. Sin embargo, como señalaba Altamirano, las expectativas de ciertas “minorías”, cuya legitimidad y efectividad estaba, “indisociablemente” en representar a una supuesta “mayoría excluida” habría sufrido un golpe mortal después de que esa mayoría diera la espalda a las minorías fieles a la verdad peronista y optaran por la traición menemista. Como cita Altamirano al desencantado diputado Germán Abdala tras las elecciones legislativas del 91: “*nosotros quisimos ser la conducción del verdadero peronismo, pero en esto hay que ser sinceros: hemos perdido. En las elecciones de 1991 quedó demostrado que el Partido Justicialista como estructura es la que gobierna el país, y el peronismo que intentamos expresar es sólo un dato histórico*”. Parafraseando, el golpe mortal sufrido por el peronismo verdadero fue la comprobación empírica de que esa mayoría, cuando dejaba de estar excluida del proceso electoral, le daba la espalda a su “esencia popular”.

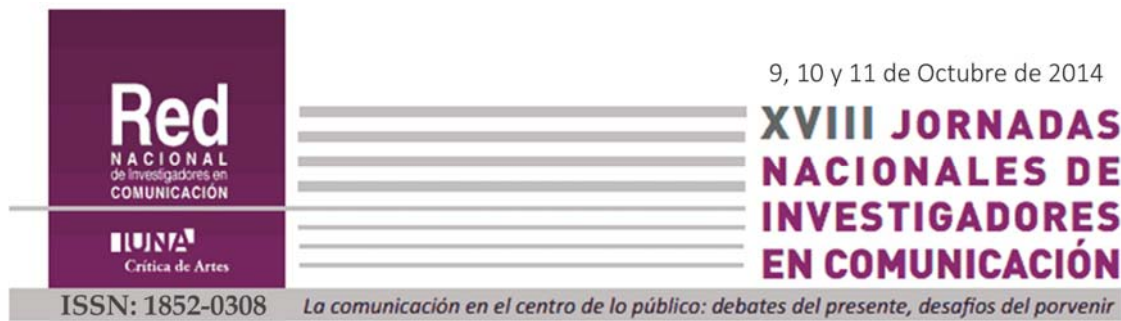


intelectuales, aún sometidas a la inmediatez de la militancia o los condicionantes del rating, viene dejando sus marcas tanto en los discursos de la política institucional y militante como en la discusión espontánea que no necesariamente es parte de la tomas de partido más orgánicas y, lo que es hoy un dato novedoso después de la aridez cultural de los 90s, en la propia discursividad de los medios.

Como sostuve en el apartado anterior, la propuesta del kirchnerismo, antes que en un programa o un ideario definido tenía que ver con expresar medidas heterogéneas, pero semantizadas en clave transformacional, y sobre todo como opuestas *vis a vis* al “modelo neoliberal”. Se articulaba así una narrativa de carácter épico, binaria, que retomaba de manera atenuada, la lucha de los setentas. La diégesis gubernamental era no obstante *tácticamente* imprecisa a la hora de definir adversarios actuales, y a pesar del *locus epocal* desde el que era enunciado, emergía en un marco en el que la opinión pública o tenía simpatías, era más tolerante, o debía resignarse a aceptar ser interpelada desde significantes progresistas. Sin embargo, decía también, que la lógica en el que kirchnerismo se basaba para construir su identidad *no adquiría desde el principio la definitiva forma binaria que terminó por adquirir en 2008*. Sería necesario, decíamos, que un conflicto puntual con un importante sector de la economía, la totalidad de los productores agropecuarios argentinos, escalara de proporciones y trascendiera su inicial carácter de disputa rentística.

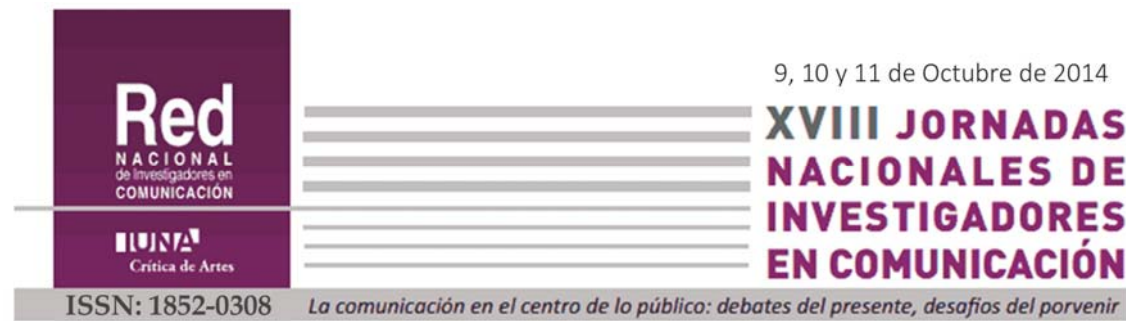
#### **UN POCO ANTES....**

No me detendré en este lugar a repasar las características de la ya abundantemente tratada victoria presidencial de 2003. Como ya fue discutido en el apartado anterior, si bien en su historia reciente Néstor Kirchner se había despegado oportunamente de la figura de Carlos Menem durante el fin de ciclo de máxima legitimidad de aquél, su victoria de la mano de Eduardo Duhalde no hacía prever un definido y casi incondicional apoyo de la enorme



mayoría de la intelectualidad que supo militar en la hacía largo tiempo en el ala izquierda del peronismo (ya he recordado antes incluso cómo Néstor Kirchner supo ser duramente criticado por la pluma periodística más leída por el público progresista), y mucho menos el surgimiento de importantes agrupaciones militantes juveniles incondicionalmente alineadas. Como ya he señalado también, aunque el contexto era más que favorable para que se cristalizara consenso en clave progresista, no era esperable un discurso de asunción en el que el nuevo mandatario expresara con claridad su pertenencia generacional e hiciera de ella su principal base enunciativa (nota aclaratoria: la discusión pública sobre la autenticidad o profundidad de dicha pertenencia sería posterior a las expectativas y rechazos suscitados en forma más o menos inmediata).

Ahora bien, ¿qué se quiere decir cuando el dispositivo enunciativo transformacional y antagonizante en clave progresista articulado a partir de un *locus marcado epocalmente por expectativas, luchas, y derrotas pasadas*? Se trataba de rescatar significaciones y deseos que, glosando a Raymond Williams (2009), definiremos como en estado “residual”, sosteniéndose en cierto imaginario colectivo a partir de prácticas subalternas concretas. No estoy hablando entonces del resurgimiento de un *numen* dormido en las conciencias de ciertos individuos. Entiendo estar lejos de cualquier esencialismo. Más que de expectativas albergadas por sujetos con experiencias compartidas, los significados residuales se articulan en lo que el propio Williams (1973) llama *structure of feelings*: modos de sentir y representarse la realidad que se manifiestan en elecciones temáticas expresadas bajo ciertos estilos retóricos y ciertas elecciones lexicales. Sin dudas son recurrentes en sujetos con trayectorias biográficas específicas, pero, a pesar de su carácter residual, son capaces de interpelar a públicos más o menos amplios. *El objetivo de los enunciadores Kirchneristas era montar desde allí un locus capaz de proponer un retorno de la historia en clave reivindicativa: unificando 30 años de historia pasada como un único período de hegemonía*



neoliberal consolidada tras la tortura, asesinato y desaparición de parte significativa de una generación que intentó combatirla desde un proyecto antagónico, el naciente kirchnerismo posicionó a sus dos principales dirigentes como representantes de esa “*generación diezmada*” (Néstor Kirchner dixit, 25-05-2013) cuya recaptura del poder no era definida como una mera revancha, sino una vuelta, sin dudas atenuada en términos de medidas político-económicas<sup>11</sup> y mandatos doctrinales, a un proyecto de carácter popular<sup>12</sup>.

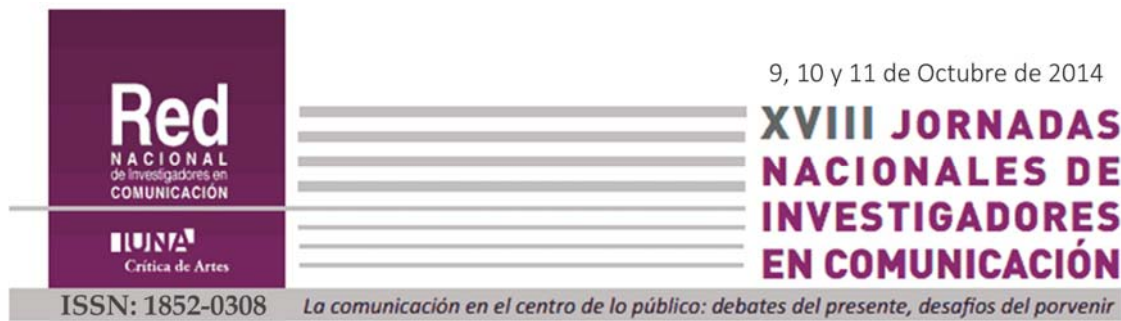
No obstante, debe aclararse aquí que, como pasa en la casi totalidad de los discurso políticos contemporáneos, *no habría tampoco una clara doctrina y propuesta programática* en los enunciados del Kirchner presidente. No volverían tampoco viejos y vagos contenidos totalizantes como el llamado a la lucha por el “socialismo nacional”. *Alcanzaría con reeditar viejas estructuras argumentativas, centralmente aquellos lugares comunes que justifican cada medida de gobierno en la vindicación de una mayoría desfavorecida contra los intereses una imprecisamente definida minoría de históricos privilegios.*

Sin embargo, y como ya se dijo, el carácter faccioso en el que kirchnerismo se basó para construir su identidad de manera *oposicional* no adquiriría su definitiva y cerrada forma netamente binaria desde un comienzo. Antes del conflicto contra “*las patronales del campo*” (como definió reduccionistamente el gobierno y su la militancia a quienes “*capitaneaban el otro bando*”), y como ya se sostuvo también brevemente en el apartado anterior, si bien el

---

<sup>11</sup> Aunque no en el carácter pasional con el que se realizaban las acciones de gobierno.

<sup>12</sup> No es que busquemos aquí una definición “real” de lo popular opuesta a una “imaginaria”. La comprensión de la dimensión simbólica de los procesos sociales y la movilidad de las identificaciones han contribuido a desmitificar la asociación de pueblo políticamente movilizado a alguna clase o cierto sector definible previamente en términos “materiales” (y que luego toma “conciencia” de su potencial político, pero siempre bajo la determinación esencial de su posición objetiva). Aunque lo popular como significante identitario es utilizado siempre como una forma de unificar a los “desfavorecidos”, la “mayoría legítima” (Laclau, 2005a) opuesta a los “privilegiados”, no siempre es tan claro para los sujetos interpelados el saber de qué lado de las dicotomías les tocará estar –y en esto sí creemos que es necesario ir a los actores para buscar respuestas–. Por otra parte, el hecho de que muchos de los principales intelectuales kirchneristas inscriban sus teorías dentro del llamado giro lingüístico a veces contribuye, en un mismo movimiento, tanto a relativizar la importancia de definir quiénes integran al pueblo desfavorecido –se trata de una identidad que se construye en la misma praxis simbólico-material, podríamos parafrasear– como a, especialmente durante las polémicas, apelar a la objetividad de la representación ejercida.



nuevo articulado político definía desde el principio enemigos irreconciliables (los ex militares ligados a la última dictadura, los nunca personalizados políticos “*cómplices de las reformas de los 90s*”) aún se mostraba abierto a demandas heterogéneas, algunas incluso contradictorias entre sí, y esto a pesar de la ya mencionada articulación inaugural de este locus generacional marcadamente ideologizado. Entiendo que hasta aquél punto, ni la “*campana permanente*” de los Kirchner había constituido aún un colectivo de identificación propio, ni había sujetos políticamente relevantes dispuestos a sentirse abiertamente aludidos con una destinación negativa que, además, podía entenderse aún como apuntando más hacia el pasado que hacia conflictos todavía abiertos. Así planteadas cuestiones, las enunciaciones kirchneristas seguían siendo aceptadas por quienes, aunque “*aprueben*” a un gobierno, sostienen su “*creencia en suspenso*” (Verón, 1987)<sup>13</sup>.

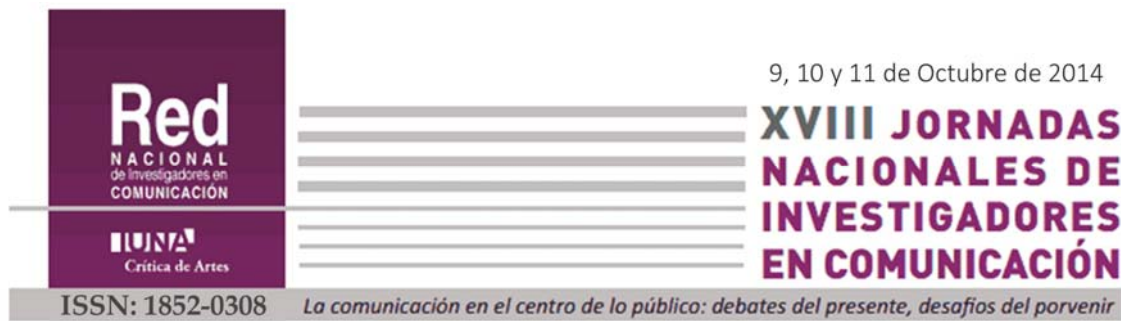
En consecuencia que tal conjunción de factores no complicaba, sino más bien favorecía la capacidad del kirchnerismo de construir legitimidad entre una amplia base ciudadana, fueran cuales fueran las posturas con las se legitimaba desde abajo al gobierno. Esto era así porque, ya se dijo, persistía aún un clima de época inclinado hacia la izquierda, en el que argumentos ideologizados hacia ese lado tendían más bien a generar consensos amplios y en el que resultaban poco aceptables disidencias de sentido contrario.

## LA VUELTA DE LA ILUSIÓN

Más allá de que lo que este trabajo intenta explicar no es la vinculación de un sector de la intelectualidad politizada con un gobierno particular, no podemos dejar de lado la

---

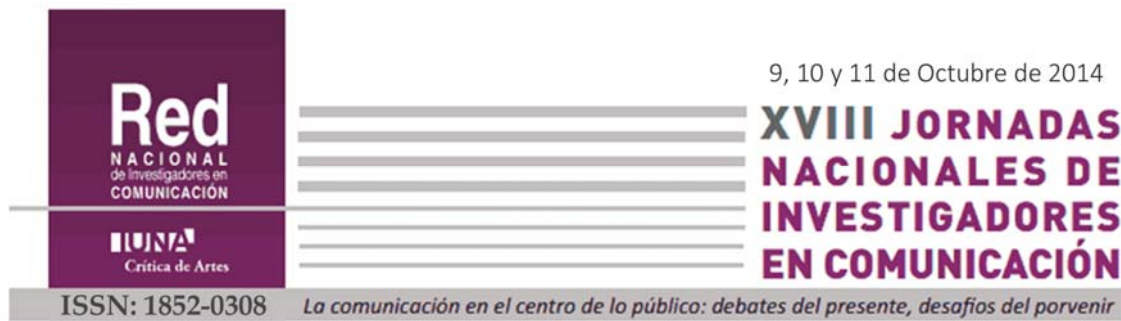
<sup>13</sup> Decía Verón en “*La Palabra Adversativa*” (1987): el análisis del discurso político en un “contexto democrático revela la presencia de un tercer tipo de destinatario”, aquél que se muestra “fuera de juego”, quienes en los “proceso electorales son identificados habitualmente como los ‘*indecisos*’ y a quienes va dirigido “todo lo que en el discurso político es del orden de la persuasión”. No estoy afirmando en este punto que los enunciadores Néstor y Cristina Kirchner hayan establecido una deliberada separación entre destinatario convencido y para-destinatario. Aunque es posible que haya sido así –habría que ser más riguroso de lo que estamos siendo aquí en el uso de herramientas del Análisis del Discurso – lo que es demostrable es que la discursividad kirchnerista era capaz de interpelar positivamente a un amplio espectro de posiciones subjetivas.



importancia que tuvo para la consistencia ideológica del kirchnerismo la participación de parte de ese sector intelectual que ya identificamos de manera bastante general (y también, claro, la presencia en el escenario oficial de agrupaciones a este sector como los organismos de DD.HH afines). Al repasarse la trayectoria de este sector durante la restauración democrática, no resulta erróneo definirla como una trayectoria nuevamente regada de frustraciones. Tras la dura e inédita derrota del peronismo en las elecciones del 83 y la veloz reconfiguración del mapa político impuesta durante los comienzos del ciclo alfonisinista, un sector importante de la intelectualidad de la izquierda filo peronista volvería a embarcarse en otro proyecto que terminaría fracasando: la renovación justicialista en clave socialdemocrática iniciada a mediados de esa década.

Fracasada ésta, llegaría el durísimo golpe del menemismo, tras el que gran parte de ese grupo generacional y otros militantes más jóvenes, resignaría toda esperanza de recauzar el partido por andariveles de lo que entonces, abandonado ya el entonces anacrónico término “popular”, se definía como “progresismo”. Como sostenía en el 91 un histórico dirigente peronista, el “*peronismo verdadero era un dato histórico*” y sólo quedaba lo que, desde la resignación denominaba como “*peronismo empírico*”. Con ese diagnóstico, muchos pasarían a integrar o apoyar la construcción de una fuerza de centroizquierda hecha desde afuera, el Frente Grande y desde allí se sumarían a la construcción del más heterogéneo Frepaso. No es necesario volver recordar aquí el calamitoso fin al que arribó ese proyecto tras la conformación de la Alianza junto al radicalismo.

Decía antes que, más allá de lo esperable que era a comienzos de 2003 algún tipo de cambio en clave progresista, nada hacía prever el surgimiento de un nuevo proyecto que rompiera el molde centroizquierdista, pluralista y declaradamente institucionalista, para reeditar los *residuales* significantes nacionales y populares. Esa figura que se presentaba como surgida en los márgenes del vértice justicialista era más bien una incógnita, un misterio acrecentado



por un contexto en el que, como ya se dijo, se habían desestructurado los marcos por los que habitualmente circula lo esperable.

Pero desde un liderazgo audaz, Kirchner no sólo fue regenerando la creencia en que el Estado podía ser el asignador de la riqueza social en desmedro del mercado, sino que se fue cristalizando además como una nueva e inesperada oportunidad de encauzar al peronismo *desde adentro* hacia donde esa porción de la intelectualidad de la vieja izquierda filo peronista no hubiera esperado nunca que se podía volver. Como ya vengo adelantando, no se trató de volver, anacrónicamente, sobre el proyecto despreciado en el '73 por Juan Perón<sup>14</sup>, sino que se más bien de retomar expectativas y *sentires* con obligadas atenuaciones programáticas y doctrinarias en clave posibilista<sup>15</sup>.

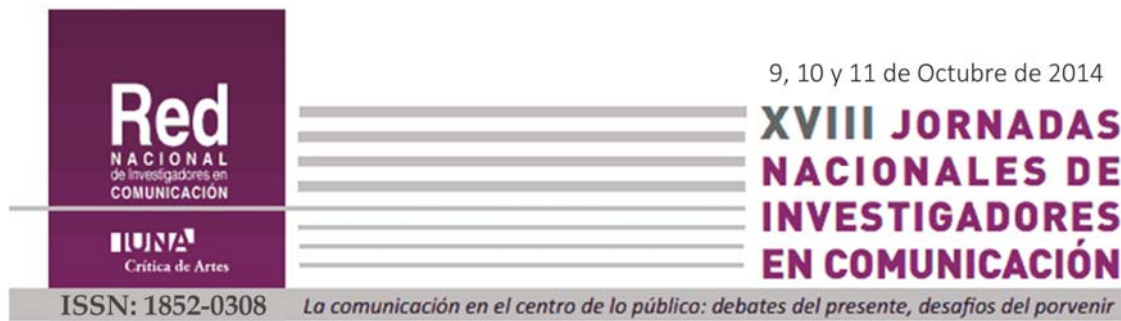
Antes sin embargo, Néstor Kirchner acompañaría su invitación generacional con una propuesta “transversal” en clave progresista de carácter más amplio. Entiendo que ambos movimientos, destinados a diferentes públicos, fueron acompañados de un corrimiento de los clásicos emblemas tradición peronista. En el segundo caso, se trataba de mitigar cualquier posible signo de cerrazón al interior del aparato justicialista –recordemos que incluso Kirchner había impuesto al todavía desestructurado partido su propio Frente–. En el primer caso, aún resulta difícil saber cuán deliberada fue la eliminación de la simbología peronista y de la obligada cita a Perón. Poco pareció preocuparle sin embargo a quienes se sintieron invitados. Por el contrario, como expondré enseguida, *mucho ayudaría esta ruptura*

---

<sup>14</sup> La referencia a la figura de Perón como necesario, pero “espinoso”, enunciador primero del movimiento sobre el que se habían depositados las expectativas no se volvería a restablecer. Por el contrario, su aparición tardía en los discursos presidenciales obedeció a otras necesidades tácticas destinadas al público interno más reacio de integrarse al nuevo articulado.

<sup>15</sup> Atenuación que se produjo, entiendo, no tanto o no totalmente mediante la renuncia a ciertas metas, sino más que nada mediante la complejidad que implicaba la adscripción al posestructuralismo posmarxista de lo más prestigioso de esta intelectualidad, marco conceptual que bien puede presentarse como más radicalizado –así lo hizo por ejemplo tras la crisis de 2001-2002– o más ambiguamente posibilista: todo puede llegar a caber cuando se maneja un léxico deliberadamente abstruso y un estilo retórico regado de circunloquios y litotes.

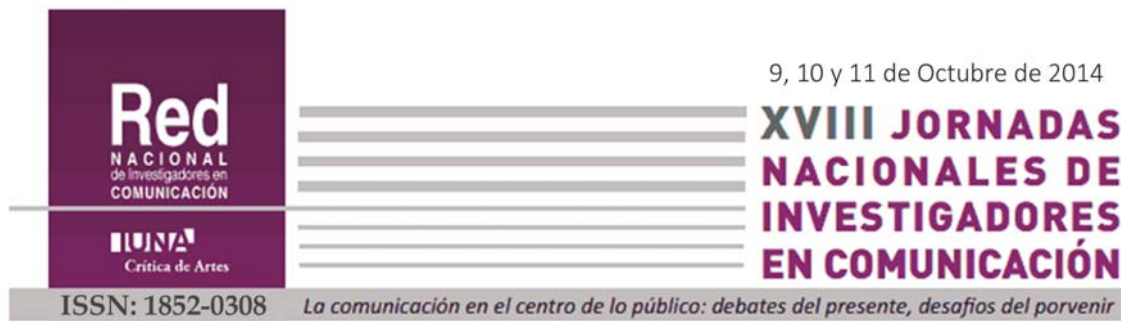




*simbólica a reforzar la sensación de que el nuevo proyecto era esta vez “propio” y no una invitación hecha desde afuera (o más bien, desde figuras de signo ideológico confuso demasiado ligadas a un Partido que hacía demasiado ya no se entendía muy bien qué representaba)*

Así y todo, tanto la amplitud de aquella convocatoria posterior al discurso de asunción, como la también posterior inclusión de respuestas a demandas ideológicamente extrañas, más el carácter hermético con el que se tomaban las decisiones el gobierno (sin que, como ya se recordó, mediara una plataforma o propuesta definida), llevó que tanto gran parte de la intelectualidad esperanzada como de la ciudadanía identificada con significantes populistas más radicalizados demorara identificarse de manera plena.

En paralelo además, a pesar de la conformación del FPV, el gobierno no parecía dispuesto a renegar totalmente alianzas con sectores dirigenciales justicialistas demasiado cuestionables. Tan tarde como durante el comienzo del gobierno de Cristina Fernández, el sus líderes relegaba la construcción de la entonces llamada “Coalición plural” (que había sido mayoritariamente una sumatoria de fidelidades ofrecidas por gobernadores e intendentes ante la necesidad de contar con el favor gubernamental) e integraba a su Frente para la Victoria a una estructura partidaria justicialista de la que se había mostrado relativamente independiente. El hecho sería además oficializado con la asunción en mayo de 2008 del propio Kirchner como presidente del hasta entonces despreciado partido. Sin embargo, y como se constataría tiempo después, la decisión gubernamental de rechazar de plano los reclamos agrarios y de antagonizar de manera decidida contra todo el sector en protesta, llevaron a que los más fecundos aportes intelectuales al kirchnerismo tuvieran lugar y –fueran más escuchados arriba– poco después de esta integración. Simultáneamente, y con este aporte, el kirchnerismo terminaría por adquirir su perfil identitario más definido.



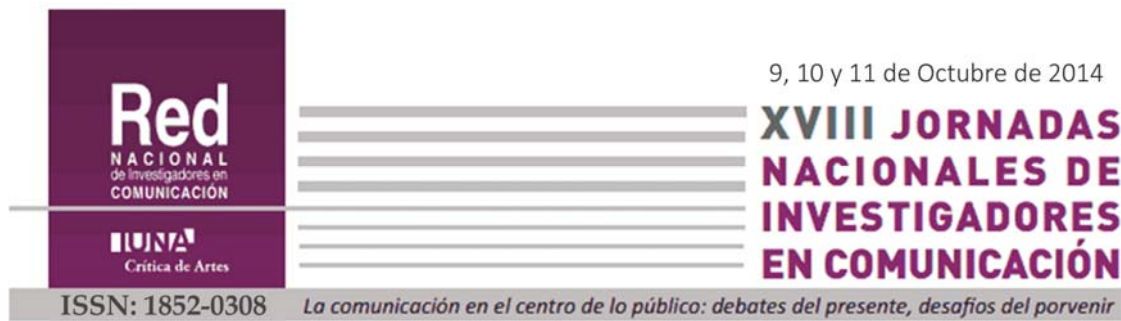
Entiendo que fue recién *entonces cuando esta invitación generacional terminó de integrarse a un dispositivo de enunciación capaz construir un colectivo de identidad desde el que interpelar con efectividad a una base decididamente convencida*. El fenómeno se asemejaría insospechadamente con la génesis del aquél lejano proyecto frustrado<sup>16</sup>: si tras el golpe del 55 un conjunto de intelectuales se irían encargando de redelinear doctrinariamente a aquél polisémico movimiento desde un revisionismo que cruzaba marxismo con componentes anticolonialistas y nacionalistas (interpretación a la que habría de adscribir prontamente una mayoritaria porción de la juventud militante), el kirchnerismo también fue adquiriendo una mayor consistencia identitaria en forma *retroactiva*. Lo haría, de una manera mucho más expeditiva. Existiría además la obvia diferencia de que la nueva construcción<sup>17</sup> se hizo con el partido creado por Perón en el gobierno, y con sus dos líderes dejando una progresiva constancia de la influencia de lo teorizado (claro que las características de las huellas de esas lecturas no fueron las mismas en Néstor Kirchner que en Cristina Fernández). A diferencia de lo que sucedió con el tercer gobierno de Perón, el proceso no se vería afectado por el decisionismo concentrado que caracteriza también a las presidencias kirchneristas. Se contaba además con los elementos “*alternativos residuales*” (Williams, 1973) de esa identificación frustrada.

Se va entendiendo ahora por qué este dispositivo enunciativo que comienza a forjarse a partir del locus generacional del discurso de asunción de mayo de 2003 necesitaría más tiempo para poder articular una nueva y consistente identidad política. Resumiendo: el *cluster* de

---

<sup>16</sup> Una lógica similar encuentra Altamirano (2001: 89) en relación a la nueva identidad que dio al primer peronismo a las interpretaciones hechas a posteriori por los primeros autores de la llamada “izquierda nacional”

<sup>17</sup> Es cierto que, al igual que sucedió con los autores de la izquierda nacional y el pensamiento nacional y popular, *las explicaciones también se fusionan con militancia*, es decir que al sumar la definición del “esto es” con “esto es lo que debe ser”, se articulan las explicaciones ontológicas con lo deontológico. Lo que, como se da a entender el apartado anterior, es una característica propia del discurso político más allá del espacio institucional desde el que se produzca los enunciados (y de hecho, declarada o no, siempre hay una *politicidad* en todos los discursos). En este punto, es necesario destacar una particular evidencia explícita de la politicidad en la escritura social latinoamericana: aunque Elías Palti (2007: 21) realice esta precisión sólo sobre “la escritura de la historia” podemos ampliar su juicio a lo que sucede con la producción del resto de las disciplinas: “*que ha (n) sido concebidas más que como una actividad universitaria, como un acto político en el sentido etimológico de la palabra: el ciudadano defendiendo su polis, narrando la epopeya de los héroes que la fundaron*”.



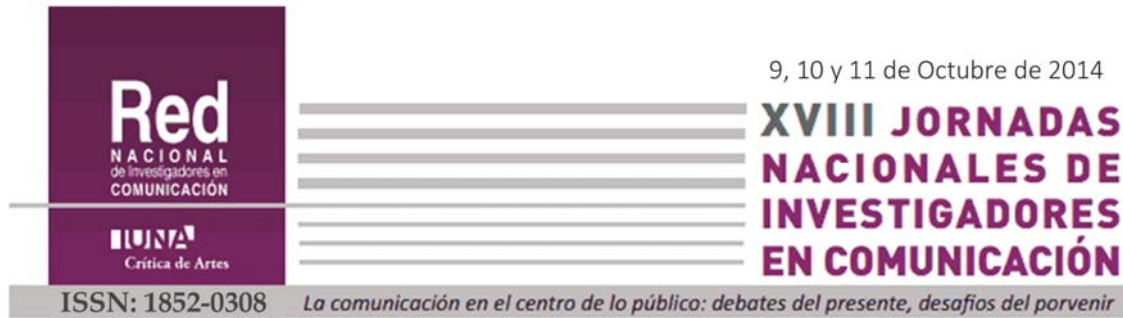
significaciones (Palti, 2007) que se articuló en torno al *kirchnerismo solo pudo terminar de cobrar efectividad interpelativa cuando la amenaza desestabilizante de la nueva protesta hizo creíbles los argumentos que sostenían que quienes se resistían a la medida fiscal –y quienes los apoyaban– representaban de alguna manera al bando triunfador de antaño, dada su pertenencia a lo que se decía, era la misma minoría privilegiada de siempre. Se vivía entonces un agudo momento de debilidad de lo que ahora se definía como una lucha popular, pero para quienes decidieron plegarse a la postura del gobierno, se terminó vislumbrar mucho más claramente a partir de ese punto que el kirchnerismo era definitivamente una nueva oportunidad de luchar y, ahora sí, vencer<sup>18</sup>.*

Fue así que esta deliberada radicalidad con la que el matrimonio presidencial respondió a la protesta del sector agrario frente a una medida fiscal tomada de manera unilateral por el Ejecutivo, generó de forma inmediata la conformación del Espacio Carta Abierta. Su emergencia representó la evidencia más patente de esta veloz integración al kirchnerismo, ahora definitivamente orgánica, de una parte altamente representativa de la mencionada generación intelectual y, en simultáneo con ella –y en muchos casos por ella–, de una enorme proporción de ciudadanos dispuestos a identificarse con este colectivo definido de manera oposicional al calor de la disputa. Entiendo que además este rápido proceso brindó al mismo tiempo al kirchnerismo una consistencia ideológica de la que hasta entonces carecía<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> Nueva oportunidad a la que, claro quedó, se sumaron otros militantes sociales (cfr. Svampa, 2008), la mayoría de ellos demasiado jóvenes como para ser parte de esa generación (aunque la edad y las vivencias concretas no son determinantes a la hora definir la pertenencia a estas significaciones tan marcadas epocalmente) y toda una porción de la población difícil de cuantificar.

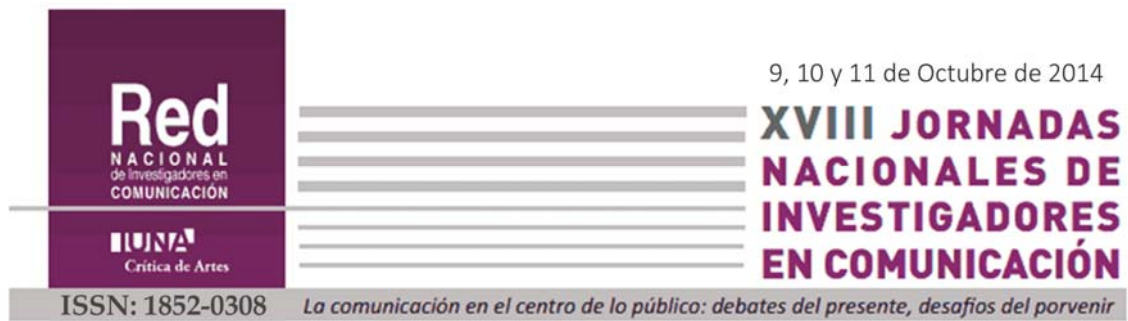
<sup>19</sup> Como se dijo, ya no se trataba entonces de construir el pos-peronismo, sino de restablecer su carácter popular para que siguiera representando a una mayoría desfavorecida. Y en esta construcción parecía más importante la asociación del kirchnerismo con eso que llamaremos, siguiendo a Williams (1973), *structure of feelings* generacional que otras sutilezas ideológicas o programáticas.



El conflicto también llevaría a que numerosos actores sociales pasaran a sentirse directamente aludidos por la destinación negativa, les estuviera directamente dirigida o no. El hecho de que esta vez el nuevo proyecto tenía objetivos más moderados que los del frustrado tres décadas antes por la propia negativa del líder actuar como *mediador* en la transición hacia la patria socialista, no implicaba, decíamos, una dulcificación en la formas de definir al adversario. El kirchnerismo cobró así, quizá de manera definitiva, un carácter identitario definido por sus efectos de frontera, ligados a antagonizaciones del presente, pero asociadas por el propio articulado oficialista con una lucha de larga data, no otra que la que tuvo, se sostenía, a los ahora nuevamente combatiendo, entre los derrotados de los setentas.

## BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Carlos (2011) *Peronismo y Cultura de Izquierda*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Badiou, Alain (1990) *¿Se puede pensar la política?* , Buenos Aires, Nueva Visión (edición original en francés 1985)
- Cheresky, Isidoro (2004), “Argentina. Cambio de rumbo y recomposición política” en - *Revista Nueva Sociedad* 193, Mayo de 2004.
- Cheresky, Isidoro (2008), “Poder presidencial y liderazgos de popularidad” en *Poder presidencial, Opinión Pública y Exclusión social*, Buenos Aires, Manantial.
- Laclau, Ernesto. y Mouffe, Chantal (2004), Chantal, *Hegemonía y Estrategia Socialista*, Buenos Aires, FCE.
- Natanson, José (2004), *El presidente inesperado*, Rosario, Homo Sapiens
- Novaro, Marcos (2006), *Historia de la Argentina contemporánea: de Perón a Kirchner*, Buenos Aires, Edhasa
- Palti, Elías J (2007) *El tiempo de la política*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Quiroga, Hugo (2010) *La república desolada. Los cambios políticos de la Argentina (2001-2009)*, Buenos Aires, Edhasa



- Svampa, Maristella (2008) *Cambio de Época*, Buenos Aires Siglo XXI.
- Verón, Eliseo (1987) “La palabra adversativa” en *El Discurso Político*, Buenos Aires Hachette, 1987.
- Williams, Raymond (2009), *Marxismo y Literatura*, Los Cuarenta, Buenos Aires.
- Williams, Raymond (1973), *The country and the city*, Nueva York, Oxford University Press.